

BREVE SUMA DE LA VIDA Y HECHOS

DE

DIEGO GARCÍA DE PAREDES

LA CUAL EL MISMO ESCRIBIÓ Y LA DEJÓ FIRMADA DE SU NOMBRE
COMO AL FIN DE ELLA APARECE

En el año de mil y quinientos y siete hube una diferencia con Ruy Sánchez de Vargas sobre un caballo de Coraxo, nuestro sobrino, que yo le tomé para venir en Italia. Vino tras mí el Ruy Sánchez con tres de caballo y dímonos tantas de cuchilladas, hasta que cayó Ruy Sánchez, é luego sus escuderos me acometieron de tal manera, que me vi en grande aprieto, pero al fin los descalabré á todos y fuí mi camino. En el mismo año llegué á Ronia con gran necesidad yo y mi hermano Alvaro de Paredes, en la cual ciudad no hallamos quien nos diese de comer; y estando pensando cómo se podría salir de tal fatiga, acordamos de asentar por alabarderos en la guarda del Papa, queriendo más poner los cuerpos á la servidumbre que darnos á conocer al Cardenal de Santa Cruz, que era nuestro primo. Pues pasando algunos meses en esta vida con otros españoles amigos nuestros, cuyos nombres son: Juan de Urbina, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio, Villalba, é posando todos juntos, nos topó un día la guarda del Papa donde estábamos tirando á la barra unos con otros, de lo cual el Papa holgaba. Llegaron algunos caballeros á tirar, y entre ellos había uno que se tenía por gran tirador y éste dijo á mi hermano si sabía quién tirase cien escudos, que él se los tiraría. Mi hermano dijo que sí, y éste se desnudó en calzas y en camisa y puso los cien ducados y demandó del tirador que había de tirar y tomó la barra. Yo, no teniendo los dineros, le dije si quería tirar por gentileza; y éste, enojado de mí, dijo que me fuese á tirar con

otros como yo, que no era su honra tirar conmigo. Yo le dije que mentía, y sus compañeros y criados echaron mano á las espadas y yo á la barra que él había dejado, y con ella nos defendimos á su daño, que matamos á cinco de ellos y más de diez heridos. Por donde se revolió la Corte de tal suerte, que mandó el Papa que prendiesen á los romanos por el poco respeto que tuvieron y nosotros fuimos dados por libres.

A ocho de Marzo del dicho año se vieron mis compañeros y yo más necesitados que solíamos, y andábamos tan alcanzados con el poco partido, que era forzado ir de noche á buscar ventura de enemigos, y lo que se ganaba íbamos á vender á Nápoles, y así teníamos también mozos ganando el vestido. Pareciéndome mal esta vida, determiné de me dar á conocer al Cardenal de Santa Cruz por salir de tal caso, y no pasando Abril, se rebeló Montefrascon y otra tierra que confinaban con tierra del Próspero Colona, para lo cual se hicieron seis banderas, cuatro de infantería y dos de caballo, y allí me dieron la primera compañía que tuve. Fué mi alférez Juan de Urbina, y mi hermano sargento, y Pizarro y Villalba y Zamudio cabos de escuadra; fué General de esta gente un sobrino del Papa.

Hicimos nuestro viaje caminando de noche por no ser sentidos y llegamos á la media noche al burgo de la tierra. Buscamos escalas, palancas, boycones y otras cosas convenientes; yo tomé cuerdas que bastaban á la muralla y atamos dos leños á los cabos, y con picas las atravesé en las almenas, por donde

subí tan presto y tan á paso que no fui sentido de los enemigos; y el General ordenó saltar la tierra por otra parte, más con ruido que con obra, por que cargase la gente allí. Yo hice subir mis compañeros por las cuerdas y mataron á la guarda y pelearon con ella. Yo fuí á la puerta que estaba con llave y así del cerrojo, y arranqué las armellas y abrí las puertas, por donde metí los nuestros y fuimos á la plaza donde se recogieron los enemigos para pelear con nosotros. Eran por todos ocho banderas de infantería; fueron rompidos y la tierra saqueada, y la otra tierra se nos rindió de miedo.

De allí se despidió la gente, salvo mi compañía, que vuelta á Roma me metieron en Santo Angel y estuve allí todo el año, hasta la guerra del Papa y del Duque de Urbino, que favoreció el Gran Capitán por mandado del Emperador Maximiliano por la liga que se hizo contra él. Saltamos en compañía, siendo yo de guardia, los enemigos me acometieron por dos partes; dímonos tan buena maña con ellos, que se perdieron los más muertos y heridos; y porque peleando con ellos dije «España, España» fuí reprendido del capitán Cesaro Romano, diciendo que yo era traidor. Yo le dije que mentía, y fué necesario combatir y Dios me dió victoria y le corté la cabeza, no queriendo entendelle que se rendía. Sabido por el Papa, mandóme quitar la compañía porque me prendiesen, y así se hizo y fuí preso en la tienda del General; y á media noche aventuré á salirme, tomando de la guardia una alabarda y con ella maté la centinela y salí fuera, y la guarda tras mí hasta la guarda del campo y allí reparé por la mucha gente que venía. El capitán, alborotado, detuvo la gente con mano armada, no sabiendo por qué fuese yo así á la centinela, demandándome el nombre; yo no se lo supe dar y acometióme y matélo, y así salí fuera del fuerte y fuíme al campo del Duque, donde fuí bien recibido, aunque la noche pasada había hecho daño en ellos.

Fuí llevado á la tienda del Duque, el cual mostró conmigo mucho placer y dióme una compañía de arcabuceros de un capitán que fué muerto la noche pasada, y ofrecióme más mercedes; y estando de día en día para dar la batalla, supliquéle al Duque que nos llegásemos más, y así lo hizo, que pasamos el río por barcas y entramos en una isleta, y allí nos

aislamos, porque los enemigos supieron quién venían de socorro, y eran venecianos y tomaron las barcas; y por la otra parte el campo del Papa nos tomó una puente que estaba al otro brazo del río, de que hubimos temor de hambre. Y como yo fui la causa de este cerco, procuré el remedio, porque no había vitualla para dos días, y dije al Duque que quería probar ventura, y tomé un caballo en calzas y camisa y hice explanar la puente de arriba do se partían los brazos del río, y con una lanza entré el río entre las dos aguas. Guióme Dios tan bien, que tentando allí vado pero alta la salida fué menester allanalla y tornando al Duque le demandé quinientos caballeros y quinientos arcabuceros, y tomándolos á las ancas con las trompetas y atambores del campo, me partí diciendo al Duque que reposase hasta una hora antes del día y aquella hora se pusiese acerca de la puente, que yo quería romper los enemigos y tomarles el artillería. Y así fué que pasados de la otra parte, el Duque les tocó alarma toda la noche, y estando de vela y cansados, mandaron una carta á los venecianos, la cual yo tomé, y venida la hora pasé en cinco partes la gente y comencé de templar las cajas de los atambores, y los enemigos pensaron que eran venecianos, y así pude llegar sin alboroto al campo, el cual acometimos todos á un tiempo bravamente, entrando por él matando y quemando de tal suerte, que no era bien de día cuando eran desbaratados y rotos sin saber quién los rompía y tomé el artillería haciendo volver las bocas á ellos, y salido el Duque acabamos la jornada, do reposamos cuatro horas y tuvimos modo de enviar la carta á los venecianos y que pasasen el río, y así lo hicieron, y pasaron todos, que eran seis mil. Yo fuí á ellos con dos mil arcabuceros á un foso donde los puse en secreto, y el Duque vino como á recibillos, y ellos no sabiendo cosa de la pasada, salvo el ruido del artillería, pasaron sin sospecha, y queriendo ponerse en orden, acometiles con la escopetería, donde murieron más de dos mil y los otros fueron presos y muchos ahogados. Fenecieron estas dos batallas por la voluntad de Dios en aquel día, y el Duque cobró lo que tenía perdido y asosegó su estado. De allí fuimos al campo de Próspero Colona, y el Gran Capitán me recibió muy bien y el Próspero me llevó consigo y me dió

una compañía de caballos y dos de arcabuceros. Fuí su coronel. Sucedió la guerra del Rey de Francia por la parte del reino de Nápoles. Fué á dar la batalla á Rávena, do la perdímos por mucha gente, porque eran los enemigos sesenta mil y nosotros quince mil; pero quedaron de ellos tan pocos como nosotros éramos. Escaparon dos mil y quinientos españoles y recogímonos al Duque de Urbino, y rehizo el campo y fuimos tras los enemigos y alcanzámoslos en el Ferrarés; de Venecia les tornaron con socorro y el Papa también y el Duque de Ferrara fueron en favor de Francia. Duró la guerra algunos días escaramuzando unos con otros.

Iba nuestro bagaje por sacomano, y los enemigos fueron avisados y nos dieron una emboscada de dos mil hombres. Yo fuí por escolta con mis tres banderas, dos de escopeteros y una de caballos.

Hízose el sacomano, dejé la infantería, pasé adelante con los caballos, fuí acometido de la emboscada y tomáronme el paso; fuí forzado de pelear y romper por medio, lo cual se hizo á su pesar.

Pasados de ellos, salió la escopetería en nuestro socorro y tomáronnos en medio y peleamos tanto los unos con los otros, que de los nuestros quedamos doscientos vivos y de los suyos cuatrocientos. Todos los otros murieron, y me prendieron con tres heridas de escopeta y mi caballo quedó muerto. Tomáronme cuatro hombres de armas y llevándome preso á pie, tomamos una puente sin bordos; y pasando por ella abracéme bien con los que me llevaban asido, y trabado con ellos, me arrojé de la puente abajo con ellos en el río, donde todos ellos se ahogaron y yo escapé por buen nadador y por la voluntad de Dios, que si me llevaran al campo me dieran mil muertes; y así me volví á nuestro campo armado de todas armas, á pie y mojado y herido y seis millas de camino. Con todo, fuí bien recibido del Próspero Colona. Los enemigos tomaron tanto miedo de esta vez, que pidieron treguas por dos meses. El coronel Palomino se dejó decir que había ganado poca honra yo con los enemigos, pues perdí mi gente, que era más locura que valentía lo que yo hacía. Yo lo supe y le envié un cartel en que le decía que yo, había hecho más en aquel día que él en toda su vida; él respondió secamente, por do convino

combatir. Fué mi padrino Juan de Gomado, maestre de campo; fué suyo Perucho de Garro; fueron señores del campo el Próspero y el Gran Capitán; combatímonos con espadas solas en calzas y en camisa.

Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo desde el codo hasta la uña del dedo; dile yo otra que le corté el brazo y la guarnición y la mano. Arremetió á tomar la espada con la izquierda y dile otra cuchillada en el muslo que dí con él en el suelo, y teniéndole para cortar la cabeza, llegó el Gran Capitán; pidiómelo por hombre muerto, y dísele. Cumplida la tregua hubo concierto entre los dos campos con mandado de los Reyes que combatesen doce por doce; al efecto, de nuestra parte fueron el coronel Villalba, el coronel Andana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, el capitán Juan de Haro, el capitán Juan de Gomado, el capitán Alvarado, dos capitanes de gentes de armas y los demás eran italianos y yo. Quiso Dios mostrar su justicia. Sobre este combate se revolvió un capitán francés conmigo porque le maté dos hermanos suyos en el campo, y combatimos en medio de los dos campos armados de hombres de armas con unas porras de hierro que yo saqué. En viendo el francés la pesadumbre de ellas, hechó la suya en el campo no pudiéndola bien mandar y echó mano á un estoque y vino á mi, pensando que tampoco pudiera mandar la porra. Dióme una estocada por entre la escarcela é hirióme, y yo le di luego con la porra sobre el almete y se le hundió en la cabeza, de que cayó muerto. Por estas cuatro cosas que me acaecieron casi juntas me vinieron muchos reveses, así de amigos como de enemigos, porque en espacio de otros dos meses combatí otras dos veces y quiso Dios darme victoria por la razón que tenía.

De allí á pocos días fué la batalla de Vicencia y ganámosla aunque pensaron los enemigos que nos tenían en la red.

De allí fuí á España con el Gran Capitán, que iba á dar cuenta y alcanzó al Rey en cien mil ducados. Estando un día en la sala del Rey muchos caballeros del Rey, entre ellos hubo dos que dijeron que el Gran Capitán no daría buena cuenta de sí. Yo respondí alto, que lo oyó el Rey, que cualquiera que dijese que el Gran Capitán no era el mejor criado suyo y de mejores obras, que se tomase un

guante que yo puse en una mesa. El Rey me lo volvió, que no lo tomó nadie, y me dijo que era verdad todo lo que yo decía, y dende allí el Gran Capitán estuvo bien conmigo, que hasta allí no podía verme porque serví al Próspero.

De allí fui á mi tierra, y llegué á Coria un día tarde, que no pude llegar más adelante, y llegó conmigo solo un paje. Hallé en la posada dos rufianes con dos putas y unos burdeleros que querían cenar; y como me vieron de pardillo y con un papahigo debieron de pensar que era mercader de puercos, y dijéronme si los iba á comprar que allí los había buenos. Yo no les respondí, y debieron de pensar que era judío ó sordo, y llegó uno de los rufianes á tirarme del papahigo diciéndome si era sordo; y estuve quedo pensando lo que haría, y un burdelero que parecía buen hombre le dijo quedito que no se burlase conmigo, que no sabía quién era y que se me parecían armas debajo del sayo. Los rufianes se llegaron á mí por ver las armas, y de que me vieron armado, los judíos no hicieron más escarnio; las putas me dijeron si había escapado del sepulcro huyendo. En esto sentí que llegaba mi gente, que de Italia traía veinticinco arcabuceros. Envié secreto el paje á ellos, avisándoles que hiciesen que no me conocían, por ver en qué paraba la fiesta. Ellos, tornados al tema, uno de los rufianes me tornó á tirar del papahigo recio, diciendo que le mostrase las armas que traía, que eran doradas, y dijéronme si las había hurtado; y pareciéndome que un cabo de escuadra mío, no pudiendo sufrir lo que veía, quería poner mano á la espada, me levanté de un banco en que estaba sentado y tomé el banco y dí con él al rufián y abríle la cabeza, y al otro rufián y á las putas y á los burdeleros eché en el fuego unos sobre otros. La una puta que cayó debajo murió; los otros escaparon quemadas las caras y las manos, y salieron dando voces á la justicia y el mesonero con ellos. Nosotros nos asentamos á tomar su cena, hasta que todo el pueblo se juntó á la puerta y comenzó un alcalde á quebrar las puertas, y yo las hice abrir, y de golpe entraron algunos porquerones, y con la traica de la puerta derroqué los primeros, que fueron dos ó tres, y así no osaron entrar más. Por de fuera me requerían que me diese á prisión, si no que me quemarían la casa. Al ruido y alboroto

vino el Obispo, que era mi deudo, y seosegóse todo.

Dende á poco tiempo me mandaron ir á Navarra en una coronelía de nueve banderas. Tomamos á Maya, un castillo fuerte, y fuimos á Pamplona y dimos la batalla y perdiéronla los franceses. Fuimos á Fuenterrabía y tomóse por hambre y despidióse la gente, que no fué menester. Sucedieron las Comunidades y pararon en lo que ya sabéis. Volvimos luego á Navarra con el Príncipe de Orange y con el Condestable. Ganamos de los franceses á Urdabia, á Monleón de Sola y á Salvatierra. De allí fuimos á Tariz y fué quemada por los alemanes y saqueada; mas del vino quedaron tales, que los enemigos les tomaron el artillería que llevaban, y yo iba de retaguarda con mis escopeteros y atravesé un monte y toméles el paso, donde venían con la presa cinco mil, y toméles descuidados y rompimosles y quitámosles el artillería y matáronse de ellos mil y prendiéronse muchos. Acabada esta jornada se despidió la gente que no fué menester. Quedamos Gutierre, Quijada y yo, con nuestras coronelías; vino el campo de franceses. Tomamos el camino de Fuenterrabía, que era el paso; defendimoselo.

Tornáronse todos, salvo cinco mil esguizaros escogidos entre doce mil. Despidióse nuestra gente, quedaron seiscientos españoles; vinieron los esguizaros á ellos por una montaña arriba tan derecha, que subían asiéndose con las manos por desollarnos. Cuando fueron en lo alto arremetieron á ellos y rompimoslos. Murieron despeñados de nuestras manos y ahogados en un río más de cuatro mil, y los demás prendimos y enviamos á los gobernadores de España á Vitoria.

Luego vino S. M. de Flandes, fui á besalle las manos; hizo Cortes, fué luego á Hungría y retiróse el turco. Tornamos á Italia; llegados al real, una jornada más atrás me quedé en una casa en la campaña por ser tarde, á una milla del campo. Iban conmigo unos criados del Emperador con sus mujeres y carros de pan y seis criados míos y Sancho de Paredes. A media noche sentí ruido alrededor de la casa; levantéme de un banco en que estaba y arméme é hice armar mis criados. Vino á mí una lengua que yo tenía é dijo: «Señor, quemarnos quieren la casa y el dueño no consiente, y ellos dicen que se la pagarán»; y

yo por no ser quemado salí fuera y en saliendo me dieron cuatro escopetazos: quiso Dios que todos me hicieron poco mal, y tomáronnos en medio á todos y con alabardas y piedras comenzaron á pelear. Diéronnos tantas pedradas que nos descalabraron á todos, y convino retraernos hasta poner las espaldas á la casa, y allí nos defendimos como mejor se pudo hasta que fuimos socorridos. Y fué el socorro que un soldado se había quedado aquella noche fuera de la casa, y como vió lo que pasaba, fué al campo diciendo: «Que matan á Diego García de Paredes». Volvieron en nuestro socorro el alferez Diego de Avila con cincuenta arcabuceros todos á caballo, y si tardaran más éramos todos hechos pedazos, porque estábamos todos mal heridos y yo de rodillas en tierra entre algunos de los enemigos muertos, donde me podían herir en las piernas, y así llegó el socorro y matamos tantos que escaparon pocos. Prometo á Dios que este día fué más cruel que me acuerdo haber sido en mi vida, porque maté más de diez. Matáronnos un eriado del Em-

perador y á su mujer; diéronme á mí seis heridas pequeñas y á Sancho de Paredes tres y á algunos dos, de manera que á todos nos señalaron. ¡Sea Dios loado pues nos libró!

Fuimos á Bolonia, y parece que le place á Dios que por una liviana ocasión se acaben mis días. Dejo esta memoria á Sancho de Paredes, mi hijo, para que en las cosas que se ofrecieren en defensa de su persona y honra, haga lo que debe como caballero, poniendo á Dios siempre delante de sus ojos y procurando tener razón para que le ayude.

DIEGO GARCÍA DE PAREDES.

Falleció Diego García de Paredes en Bolonia de achaque de que unos caballeros mancebos derrocaban con el pie derecho una paja de la pared, poniendo de corrida en ella el izquierdo; él quiso probar también y cayó y murió de achaque de la caída.

FIN

EN CASA DE HERNÁN RAMÍREZ, IMPRESOR Y MERCADER DE LIBROS.

AÑO DE 1586.